

XIX Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

A Dios se le escucha en el susurro

Nos gustan los escenarios luminosos, los gritos estridentes, los rituales majestuosos. Allí donde reina la competencia y se exalta la apariencia, es notorio el vacío. A mayor bulla y combinación de ruidos, menos concentración, menos experiencia de lo trascendente y armonioso de nuestra vida. Nuestro corazón exige espacios y tiempos de silencio, de paz, de gozo interior. Solo así crecemos, maduramos.

Elías va al monte en busca de la interioridad. Es un profeta y solo en la oscuridad última podrá encontrar la raíz primigenia de su vivencia, anuncio y denuncia de su Palabra. Quiere gritar, pero Dios le manda salir de sí mismo para encontrarse con lo que tanto anhela en su búsqueda. Pasan en su orden “el viento impetuoso, el terremoto, el fuego y aparece en última instancia, el susurro”. Allí se queda en éxtasis.

La gran pregunta es: ¿Quién busca a quién? ¿Quién encuentra a quién? ¿Dios nos busca o nosotros a Él? Sabemos de primera mano que Dios se hace el encontrado. Así lo hizo con Abraham, Moisés y los profetas. A los Apóstoles los fue llamando uno por uno. Con Pablo tiene especial predilección. A María le anuncia su parentesco originario y a las mujeres se les aparece en el huerto como primicia de su resurrección.

Dios va llamando a cada ser humano con especial afecto y definido criterio: La existencia, la familia, las distintas opciones que nos va presentando en nuestra andadura, los reveses de la vida. Lo gratificante de momentos únicos de gozo y felicidad plena. También en el dolor se nos manifiesta como el “Dios cercano que acompaña y se deja escuchar”. Basta afinar el oído íntimo del corazón para escucharlo y saborear los secretos de la intimidad.

Cochabamba 13.07.23

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com